

Apuntes Sobre la Encíclica Populorum Progressio

Ramón Díaz*

***Director del Instituto Venezolano de Análisis Económico-Social. Recientemente estuvo con nosotros, dictando un ciclo de conferencias sobre «Economía Humana».**

Días de Ira

Para los que creemos en un solo Dios Padre. Creador de todas las cosas, de todo lo visible y de lo invisible. Para quienes la recitación del Credo no constituye intrascendente bisbiseo pronunciado en impaciente limosneo de favores, sino una afirmación de alta resonancia espiritual, indiscutida e indiscutible. Para los que por tanto de fuerza hemos de creer en la Visita sobre el Cónclave que elige a nuestro sumo Pontífice, las primeras noticias conteniendo los primeros extractos deliberadamente escogidos de la reciente Carta Encíclica Populorum Progressio resultaron preocupantes en extremo.

Preocupantes porque entonces ella sólo podía ser síntoma inequívoco de que era ya del designio Divino el someter a la humanidad a otra catástrofe que como la del diluvio o a las cenizas que en Gomorra demostraron su poca complacencia en los medios y caminos de esa humanidad doliente y pecadora, si más bien no era señal de vecino Armageddon que anunciara la proximidad del Juicio. Días de ira nos tocaría vivir.

Pero conocedores también de la forma en que intereses agazapados, dentro y fuera de la Iglesia, han utilizado, tergiversado y abusado de las palabras del Santo Padre para buscar apoyo a sus inmediatos y personales apetitos políticos; sabedores de que al traducir la «Mater et Magistras» no hubo empacho en traducir la palabra «sociabilidad» por la más partisana de «socialización», y así buscar fuente autorizada de sus interesadas citas; hubimos de tocar a paciencia, y esperar no sólo la llegada de la versión española, sino de alguna otra con la cual compararla. He aquí pues que, ahora, finalmente, después de recibidas ambas, después de haber tenido oportunidad de estudiarla y con todo cuidado y parsimonia haberla marcado en lápiz azul o rojo, según viniera al caso, los puntos de nota de la carta a todos los obispos del orbe que nuestro Santo Padre ha enviado, y sabedores de que el dogma de infalibilidad comprende sólo la materia de la Fe y aun entonces sólo cuando ella es enunciada ex cátedra, es que nos atrevemos con toda humildad y respeto, a ofrecer estos breves apuntes.

El primero de los cuales se nos ocurre al ver de plano nuestro ejemplar subrayado del azul y rojo, azul para las afirmaciones constructivas y rojo para las de concesiones izquierdizantes, y es que la Carta parece tal que un verdadero tablero de ajedrez, todo de cuadros rojos enfrentados apropiadamente a sus respectivos cuadros azules, en contrapunteo diseñado a dejar complacidos tanto a los Güelfos como a los Gibelinos de esta contienda ideológica de hoy, cuya confusión y confusionismo ocultan de lleno a la verdad y amenazan con sumir a la humanidad en una nueva Edad Oscura. Pero complacidos ni contentos habrán de salir los de ningún bando, salvo aquellos que irrespetuosamente se han apresurado ya y sin haber leído la Encíclica, a conjurarla para el suyo desde la prensa y la tribuna.

Porque, como señalaremos en los siguientes apuntes, esta última Carta Encíclica servirá para endosar toda suerte de pensamiento, desde el más ceñido individualismo hasta el más fiero colectivismo, desde el más denodado anticolonialismo hasta la más condescendiente defensa de las potencias otrora coloniales, desde la planificación centralizada y autoritaria de las actividades económicas hasta el más fiero colectivismo, desde la planificación centralizada y autoritaria de las actividades económicas hasta la apoteosis del esfuerzo individual y del albedrío personal. Eso, con otras contradictorias afirmaciones y otras vaguedades tales como la de atacar y defender a la vez el control de la natalidad, el intercambio y las barreras aduaneras, y otras más harán que bajo el palio de la Encíclica puedan encontrar capa y refugio todos los ideólogos que añaden día a día al ya exagerado confusionismo. Esos y otros peligros y daños señalaremos de seguidas. Días de ira parece que nos tocarán de todos modos.

Entre tanto, es justo señalar que la Carta está inspirada en la más tierna compasión humana, en los más elevados ideales de caridad cristiana, en el más acendrado amor al prójimo, a los humildes, a los desheredados de la fortuna, a los que sufren y padecen hambre y miseria día a día.

Es deplorable que no estuviera también inspirada del conocimiento económico. Pero en fin, al César lo que es del César.

De Cómo Actúan los Hombres

«Verse libres de miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación estable; participar todavía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres; ser más para ser más; tal es la aspiración de los hombres de hoy». (Populorum Progressio. Primera Parte Cap. 1. Párrafo 6.).

De hoy, de ayer y de siempre, añadiríamos nosotros, aunque se nos hace algo tocado de optimismo aquello de «participar todavía más en las responsabilidades», porque desafortunadamente no encontramos en el denominador común de los móviles de toda acción humana ese tan deseable propósito. Y siendo lo económico materia de una ciencia humana, como más adelante con todo acierto señala el Santo Padre, nada que sea extraño o inusitado en lo humano resulta pertinente, por fuertes que sean nuestros deseos, o grande nuestro aborrecimiento.

La economía es una ciencia humana porque su materia es el ser humano en acción de satisfacer sus necesidades, y como en el acontecer humano la única constante es la ausencia de constantes, no puede aplicarse a lo económico el método de las ciencias físicas y naturales como para desgracia de la humanidad pretendieron hacerlo los positivistas, dejándonos el legado vil de la ideología socialista.

Así pues, todo el edificio de la ciencia económica está construido alrededor de la axiomática observación de que toda acción del hombre tiene como fin el sustituir una situación menos satisfactoria por otra más satisfactoria. Situación más o menos satisfactoria para el sujeto mismo, y para nadie más. De lo contrario no hay acción. Así, y únicamente así, actúan los seres humanos. Esto nada tiene que ver con el egoísmo. Así actúan hasta los seres más altruistas y de mayor espíritu de sacrificio. Así actúa hasta el Santo Padre, hasta los

anacoretas y todos los santos. Porque el ermitaño vestido de harapos, solitario, con un cilicio amarrado al cinto y echándose ceniza en los cabellos, actúa así porque, sin duda, en su fuero interno y personal, tales acciones resultan para él en una satisfacción espiritual no comparable con todos los placeres terrenales. Los religiosos que pasan su vida en privación, castidad y pobreza, en contemplación de Dios y servicio del prójimo, sin duda reciben una más alta satisfacción que en cualquier ocupación mundana llena de terrenales recompensas. Esas son sus preferencias. Si así no fuera, en uno y otro caso, estos semejantes de espíritu superior renunciarían a su dedicación. Así actúan los seres humanos.

Pero también acontece que la gran mayoría de los seres humanos, para desgracia nuestra, carecemos de tan elevadas perfecciones espirituales. Pecadores que somos, para daño de nuestras almas inmortales, preferimos usualmente otro género de acción. Esto es un hecho que por muy deplorable que resulte no podemos negar. Nada lograremos acusando de inhumana y golpeando a una ambulancia que por falta de gasolina deje de conducir al enfermo a su salvación. Lo único que podemos y debemos hacer es ocuparnos de echarle gasolina en el tanque respectivo. Sabiendo cómo y por qué actúan los seres humanos ya podemos saber cuál será la conducta económica que mayores frutos dará, y dejar de seguirnos inyectando vana morfina sobre la forma en que deberían los hombres actuar.

Ah, pero es que debemos ser consistentes en materia económica, como también lo somos en materia de toda otra ciencia. No como el finado Padre Lebreton, desafortunadamente citado por la Encíclica como ejemplo de una economía humana (Cita No 5) porque si es cierto que el Reverendo Lebreton afirma que «nosotros no aceptamos la separación de la economía de lo humano... Lo que cuenta para nosotros es el hombre, cada hombre...etc ..., etc...,», la verdad es que desde ese momento queda convencido el Padre de que ya cumplió con lo humano, da la espalda, y prosigue a construir la teoría económica más alejada del ser humano, más positivista y deshumanizada que concebirse puede. Ya en lo adelante el Padre Lebreton no se preocupa en absoluto por averiguar cómo actúan los seres humanos, no, si él sabe cómo deberían actuar, y hasta más, sabe cómo actuarían en el futuro. Sabe, por ejemplo, que el comunismo habrá de venir posiblemente se lo sopló al oído la misma hada madrina que se lo sopló a Marx, y continúa el Reverendo aconsejando a todos nosotros, los menos enterados católicos, que nos adaptemos al sistema comunista antes de que sea tarde y que el «nouveau régime» nos haga pagar nuestra Fe con la vida. Sin duda que entre las preferencias del Padre Lebreton no figuraba el martirologio. Así lo dice el axioma de la acción humana en su caso.

Resulta doloroso y consternante que la Santa Sede hubiera prestado oídos a este Padre Lebreton.

De la Pobreza de las Naciones

El Santo Padre, transido de dolor y de cristiana compasión hacia aquellos pueblos que en ocasión visitó, en la América Latina y en África primero, y luego en Tierra Santa y en la India, en los cuales entró en contacto personal con los «lastimosos problemas que afligen a continentes» y las «gravísimas dificultades que abruman a pueblos de antigua civilización», nos alerta de los graves peligros y sufrimientos que a toda la humanidad puede causar este desgraciado estado de cosas que «puede arrastrar a mesianismos prometedores, pero

forjadores de ilusiones» y los peligros de «reacciones populares violentas, de agitaciones insurreccionales y de deslizamientos hacia ideologías totalitarias».

Nuestro Sumo Pontífice da en las anteriores citas de su Carta Encíclica a todo el orbe católico motivo de meditación y muestras de su ardorosa intención de despertar en nosotros sus humildes fieles, el amor del prójimo y la caridad cristiana que las Santas Escrituras vienen encomendándonos desde siglo va y siglo viene.

Prosigue Su Santidad, en su Carta «*Populorum Progressio*», señalando la irreversible y creciente desigualdad entre los pueblos ricos y los pueblos pobres, advierte de la maldad del sistema capitalista, «causa de muchos sufrimientos» y creador de la pobreza de las naciones, y aboga por aquella «justicia social internacional» que según creo inventó Raúl Prebisch, para que así, socorriendo las naciones ricas a las pobres con todo lo que a aquellas les sobra, se pueda lograr «la promoción de un mundo más humano para todos... sin que el progreso de unos sea un obstáculo para el desarrollo de los otros», también con la misma plausible y bondadosa intención recomienda a tales fines el aumento de impuestos a las clases ricas en los países desarrollados y un aumento de precios de los productos primarios que son exportados por los pueblos subdesarrollados. Trae como testimonio del acierto de su recomendación el que los propios pueblos desarrollados lo han comprendido, y se «esfuerzan con medidas adecuadas para restablecer, en el seno de su propia economía, un equilibrio que la competencia, dejada a su libre juego, tiende a comprometer. Así sucede prosigue que a menudo sostienen su agricultura a costa de sacrificios impuestos a sectores económicos más favorecidos». Testigos falsos han sido sin duda presentados a la Santa Sede, según veremos.

Porque es precisamente por estar intervenida y subsidiada la agricultura en los países desarrollados, a expensas de la industria, que se produce el doble efecto deplorado por la Encíclica de encarecerse los productos industriales que importan los países pobres y de abaratare los productos agrícolas que exportan los países pobres. Si existiera ese libre cambio y esa libre competencia que hicieran posible que operara a la ley de la asociación de Ricardo o sea la división internacional del trabajo, tanto los países pobres como los ricos se enriquecerían más. He ahí la causa de todo el mal. Los productos terminados se nos encarecen porque están gravados para pagar un subsidio y así abaratar los productos primarios que nosotros producimos. Testigos falsos fueron presentados.

Pueden los países ricos aumentar los impuestos a los ciudadanos más favorecidos de la fortuna, pero basta una simple operación aritmética para demostrar que si en Estados Unidos, el país más rico del mundo, se aumentara el impuesto a todos los que ganaran más de 16.000.00 dólares al año hasta llegar al ciento por ciento del resto de sus ingresos, es decir, hasta despojarlos de la totalidad del exceso, el ingreso fiscal de aquel país apenas aumentaría en menos del cuatro por ciento, apenas 1,812 millones de dólares. Ciertamente muy poco para dar de comer a los pobres de una sola nación de América Latina. Porque en todos los países, es la clase media la que soporta casi toda la carga impositiva Testigos falsos.

También podemos reclamar de las naciones ricas más ayuda, como lo hace el Santo Padre, pero sabemos que ese mismo país, el más rico del mundo, viene sufriendo un déficit en su balanza de pagos y un incremento del gasto público sobre sus ingresos fiscales que al

desbalancear el presupuesto, ha venido dejando al dólar sin respaldo que le sostenga por mucho tiempo. Es de creer que un aumento en la ayuda internacional que aumente ese déficit que ya lleva decenas de años, finalmente hará tambalear al dólar, cuya devaluación habrá de traer, sin duda, una crisis y depresión económica catastrófica para todo el mundo, y que sumirá a millones de hombres en la miseria y los conducirá a la muerte por inanición. Testigos falsos.

Finalmente, deberíamos estudiar la causa de esa lamentable pobreza de las naciones. Cita la Encíclica la abyecta pobreza de los pueblos de América Latina, de África y la India. Conozco yo a un pueblo que en oportunidad cercana fue quizás el más pobre de la Tierra, ochenta de cada cien niños fallecían antes de cumplir un año, los que sobrevivían, tenían quizás una esperanza de gozar de un promedio de vida de treinta años, pasaban su existencia arrancando raíces y matando roedores para apenas subsistir, y transcurrían el invierno ateridos de frío entre harapos Año: 1942. Lugar: Estados Unidos. Sistema económico no capitalista todavía .

América Latina, África y la India, hasta hoy, no han conocido el capitalismo. Aduzca el lector lo que señalan testigos veraces.

De las Causas y de los Efectos

Sin duda resulta sorprendente el observar que la corriente positivista que sacude al mundo desde hace cerca de doscientos años, ya hubiera logrado penetrar hasta los venerables muros del Vaticano. Pero en fin, que a poco que ya veremos aquellas cosas que el manchego caballero anunciaba al buen Sancho que harían «hablar las piedras».

Porque los positivistas creyeron poder aplicar su método hasta a la conducta de los seres humanos.

Se haría tal y los demás seres humanos tendrían que hacer cual. Cuando advirtieron que la acción humana no podría caber en un tubo de ensayo su enfado se tradujo en el desprecio por la ciencia económica.

Para mejor despreciarla, la corrompieron. Y para eso inventaron la tan decantada fuerza esotérica de la Historia. Ya los seres humanos no eran dueños de su conducta, ella estaba determinada por el «momento histórico».

Toda relación de causa a efecto en el actuar de los seres humanos ya desaparecía. Así, los positivistas, vacíos de Dios, modelaban su becerro dorado, ese que hoy es adorado de todos, la. Historia. Entonces, se inventa toda una falsa ciencia económica en la que desaparece toda relación de causalidad. Y tales llamados «economistas» montan todo un tinglado de trágica farsa en la que compiten por mostrar cada uno un corazón que sangra más por sus semejantes. El fenómeno de la miseria generalizada es aprovechado para ganar palmas de un público, al cual en nada le estorba que le digan que lo de otros será de ellos. Así nace Marx.

Pero no sólo Marx. Sino que con tiempo va permeando esa nefasta y copiosa lluvia ideológica, que ya hasta toca con impaciencia irreverente a las puertas de nuestra Santa

Madre Iglesia. Que nos desesperaría si no creyéramos, como la Fe enseña, que es una, santa, católica y apostólica.

Ha tocado las puertas desde que con toda buena intención y plena caridad cristiana los Maritain, **Lebret y otros de su cohorte se montaron a la cola del carromato de la ausencia de causalidad**. Los hombres no actúan como actúan porque esa es la naturaleza humana, no, **sino todo por la pura maldad. Castiguemos a esos seres malévolos que buscan su propio bienestar, persigámosles, azotémosles, amenacémosles y de cuando en cuando, seamos algo menos caballeros con ellos, y todo el problema de la escasez será de inmediato resuelto**. Tendremos ya, aquí, hoy, y en esta hora, el Paraíso Retornado. El Reino del Señor será de este mundo después de todo.

Así, la Carta Encíclica a los buenos Obispos y a todos nosotros fustiga a aquellos desalmados que en los países pobres sacan su dinero para Suiza o Estados Unidos.

Laudable anatema. Sin duda que no es conducta que parezca encomiable. Pero si hurgáramos un poco en las causas que producen esos efectos, veríamos cómo anotaba un talentoso columnista internacional hace días, que cierto es, en **la China antes de Mao, en la Cuba precastrista**, en la Argentina antes de Perón y en otros tantos lugares tomados luego por semejantes fuerzas izquierdizantes, sí hubo mucho rico que sacó su dinero para la Banca Suiza y para Manhattan, es verdad. Pero también los hubo que no sacaron nada. Lo dejaron todo en la patria. Estos, al cabo, recibieron la enojosa afrenta de ver todo lo suyo confiscado y tomado por el Estado. Cuando no el categórico insulto de un pequeño agujero causado por un balazo en la nuca, de rodillas, burlados y escarnecidos.

Son polvo que traen lodos. Efectos que tienen sus causas. Mal que lloremos ante la miseria de los demás seres humanos.

La Encíclica Liberal

Que así se le llamaría a la Populorum Progressio si los liberales tuviéramos el cínico desparpajo con que nuestros contrarios aprovechan toda cita fuera de contexto y además tuviéramos las posiciones claves que las mentalidades socializantes han logrado en las agencias noticiosas y otros medios de expresión a través del mundo. Tan pronto el Santo Padre puso su santo sello y su venerable rúbrica a su Carta y la grey católica, se garrapateaban cuartillas y rechinaban los cables con los extractos más colectivistas y las expresiones más socializantes que podían entresacarse de la misma, sin que esta vez, al parecer, llegaron a la extremada indecencia de traduciría falazmente como ya hicieron otrora.

Si no tuviéramos esos escrúpulos, podríamos por ejemplo citar cómo se debe buscar a los pueblos «se les permita proveer, ellos mismos y para sí mismos a su progreso» (Populorum Progressio, p. 5), y así dejar demostrado con toda la fuerza de la publicidad mundial que el Vaticano no es ya tan sólo liberal, sino además «Manchesteriano».

Si nuestra persuasión liberal fuere más moderna, Mيسةana, veríamos como todo el axioma de la Acción Humana, descubierto por Mises, está también allí contenido, así: «Verse libres de la miseria, hallarla con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación

estable;... fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofendan su dignidad de hombres..., tal es la aspiración... de los hombres». (ibid.p. 6). Neoliberal puro.

Procapitalista: por incompletas que sean, las estructuras establecidas permanecen y han hecho retroceder la ignorancia y la enfermedad, estableciendo comunicaciones beneficiosas y mejorando las condiciones de vida». (id.p.7).

Antisocialista: ¿quién no ve los peligros... de deslizamientos hacia ideologías totalitarias?» (id.p 11).

Individualista a ultranza cuando dice: «En los designios de Dios, cada hombre está llamado a desarrollarse porque cada vida es una vocación. Desde su nacimiento, ha sido dado a todos, como en germen, un conjunto de aptitudes y de cualidades para hacerlas fructificar; su floración, fruto de la educación recibida en el propio ambiente y del esfuerzo personal, permitirá a cada uno orientarse hacia el destino que le ha sido propuesto por el Creador. Dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación. Ayudado, y a veces estorbado, por los que lo educan y rodean, **cada uno permanece siempre, sean los que sean los influjos que sobre él se ejercen, el artículo principal de su éxito o de su fracaso por sólo el esfuerzo de su inteligencia y de su voluntad, cada hombre puede crecer en humanidad, valer más, ser más**». (Id.p.15).

«Es legítimo el deseo de lo necesario y el trabajar para conseguirlo es un deber, «el que no quiere trabajar que no coma». (id.p 18). El propio Adam Smith jamás quiso más. «El hombre, mediante la tenaz aplicación de su inteligencia y de su trabajo, arranca poco a poco sus secretos a la naturaleza, y hace un uso mejor de sus riquezas». (Id.p. 25). Esto lo hubiera querido haber dicho Roepke, Eucken o Erhard.

También resulta la Carta antiplanificadora y ultraindividualista; lo prueban los siguientes párrafos: «Evitarán así el riesgo de una colectivización integral o de una planificación arbitraria que, al negar la libertad excluiría el ejercicio de los derechos fundamentales de la persona humana». (p 33). «Porque todo programa concebido para aumentar la producción, al fin y al cabo no tiene otra razón de ser que el servicio de la persona... El hombre no es verdaderamente hombre más que en la medida en que, dueño de sus acciones y juez de su valor, se hace el mismo autor de su progreso, según la naturaleza que le ha sido dada por el Creador y de la cual asume libremente las posibilidades y exigencias».

Más todavía, podríamos encontrar antecedentes recientes que demostraran cómo la Iglesia había abrazado finalmente el liberalismo económico, así en la Constitución Pastoral «Gadium et Spes» sobre la Iglesia y el mundo moderno, el Santo Padre escribió: «El desarrollo económico debe quedar bajo el control del hombre, y no al arbitrio de unos pocos hombres...», totalmente antiplanificador, antidirigista y en contra de toda centralización, prosigue: «...Es preciso, por el contrario, que, en todo nivel, el mayor número de hombres...puedan tomar parte activa en su dirección». Capitalismo liberal auténtico: la soberanía de las decisiones del consumidor.

Pero también para aquellos que acusaban a los liberales de materialistas, expone la Encíclica: ...«El modelo de una actividad dedicada principalmente a la conquista de la

prosperidad. No que esta última cierre el camino por sí misma a las actividades del espíritu. Por el contrario, siendo éste menos esclavo de las cosas puede elevarse más fácilmente a la adoración y a la contemplación del mismo creador».

Toda esa autoridad hubiéramos podido citar los liberales antes de la que citaron los enemigos de la libertad. Pero ética obliga.

Contradictio in Terminis

De todas las aseveraciones de doctrina «económica» que aventura la Carta a los Católicos denominada «Populorum Progressio», ninguna alcanza la inocencia y candor de aquella que afirma que **«SERÍA INJUSTO QUE SE ATRIBUYERA A LA INDUSTRIALIZACIÓN MISMA LOS MALES QUE SON DEBIDOS AL NEFASTO SISTEMA (CAPITALISMO) QUE LA ACOMPAÑA»**. Tal equivaldría a que pidiéramos la desaparición del Sol porque a veces nos hace sudar.

Acontece que la industrialización no consiste sino en la acumulación, mediante el ahorro, de bienes retenidos del consumo para dedicarlos a la producción más eficiente de otros bienes. A eso se llama, en ciencia económica: CAPITALIZACIÓN. El ahorro y la consiguiente capitalización pueden ser voluntarios o compulsivos. Es decir, la persona que sacrifica su consumo para ahorrar puede hacerlo voluntariamente y con su personal motivación tal como la de prever tiempos peores o el de atender a la educación y suerte futura de sus hijos. Esto ocurre bajo el sistema social llamado capitalismo. O, por el contrario, el ahorro y capitalización pueden lograrse compulsivamente mediante la fuerza coercitiva del Estado, el cual puede hacerlo elevando desmesuradamente los impuestos hasta llegar a la confiscación de la mayor parte del fruto del esfuerzo de los seres humanos, o también puede hacerlo, evitando, como en Rusia, que llegue al consumidor nada que exceda a sus más perentorias e imprescindibles necesidades. Esto ocurre bajo el sistema llamado socialista.

Basta enunciar de esa manera el escrutinio de la realidad para observar de manera instantánea la contradicción que presentan los términos de la Encíclica. Porque el Santo Padre hace también muy categórica afirmación de defensa de la dignidad del ser humano. Y nos preguntamos, ¿cuál de los dos sistemas de ahorro y capitalización, el capitalista o el socialista, está más en consonancia con la dignidad humana?

Naturalmente que podría pensarse, y aunque parezca mentira, también lo hace la Encíclica que en ella hay para todos los gustos que no vale uno ni otro sistema, ni capitalismo, ni socialismo, que debemos consumir hasta satisfacer nuestras más ingentes necesidades, y luego repartir todo lo demás entre los más menesterosos. **«NO HAY RAZÓN dice la Encíclica PARA RESERVARSE EN USO EXCLUSIVO LO QUE SUPERA A LA PROPIA NECESIDAD»**. **«Pero entonces no habrá ahorro, no habrá capitalización», no habrá la tan decantada «Industrialización» por la que clama la Carta.**

Tampoco nadie dice que no sea posible basar una economía en un sistema carente de ahorro, sea compulsivo o voluntario. Tal clase de economía del naufragio. La economía del naufragio no es una economía de consumo y de reparto exclusivamente. Sabemos la suerte de vida que llevan los náuticos. Otra tal economía es la economía monástica, en el

monasterio la grey se ocupa de las más elevadas satisfacciones espirituales que, según testimonio de estos seres superiores, no compaginan con las satisfacciones más elementales que proporcionan los enemigos del hombre. Tal vez al éxito en satisfacciones de carácter superior que la santa vida de los religiosos proporciona, es que le debemos esta deformación profesional que a veces les impide entender la economía de este mundo. Pero no será necesario recordar que la historia tocaría a su fin con la raza humana si todos tuviéramos el temple espiritual y moral de estos seres superiores hasta el punto de poder hacer sus Votos. Finalmente, otra tal economía es la economía de tribu, allí todo se distribuye. También el hambre, las enfermedades y la muerte.

No podemos querer mejorar la condición del ser humano en este mundo y olvidarnos de los únicos medios para lograrlo; y escarnecer al capitalismo. Si lo hacemos incurrimos en una contradicción en términos. La más elemental de las falacias que enseña la Lógica.

De lo Contraproducente

Nos decía el Ilustre profesor y apreciado maestro Shenfield que la lengua castellana disponía de una palabra de que carecían otros idiomas y que por su exquisita conceptualidad resultaba de extraordinaria utilidad para la ciencia económica, tal es la palabra **«contraproducente»**. **Contraproducente es todo lo que produce resultados contrarios a aquellos que fueron deseados y apetecidos**. Y como la ciencia económica, sin duda, es la ciencia de lo que parece ser y no es, el vocablo en verdad no puede ser de mayor utilidad.

Así, al examinar la Encíclica «Populorum Progressio» advertimos, en primer lugar, que el Santo Padre con todo acierto e infinita caridad señala, en entristecido lamento, toda la secuela de miserias y pobreza que sufre la mayor parte de esta humanidad doliente, observa cómo el hambre, la miseria, las enfermedades endémicas, la ignorancia, parecen ensañarse contra ciertos pueblos. Prosigue señalando la Carta a los Obispos, no ya con el mismo acierto, según hemos observado anteriormente, las causas de tan desdichada fortuna, y finalmente receta todo un conjunto de remedios, que como las sangrías de antaño, no sólo no harán recuperar al enfermo, sino que con toda certeza darán al traste con su menguada existencia. Resultarán con-tra-pro-du-cen-tes.

Un récipe, por ejemplo, consiste en pedir que todo el mundo reparta entre los demás lo que le sobre después de satisfacer sus necesidades primarias. Pero la caridad es la virtud teologal que es preciso practicar con más ponderación, no sea que haga más daño al prójimo que bien. En primer término, debemos recordar que si ella es bien entendida, habrá que comenzar por casa. Por más que la condición del hijo del vecino me merezca tristeza, primero debo atender a los hijos propios. Deberé ayudar sin duda al anciano menesteroso, pero primero viene la obligación hacia mis propios padres. Tampoco la caridad desmedida, que deja sin ahorro, produce otro efecto social que la falta de capitalización, el desempleo y, finalmente, el hambre que se quería evitar. Resulta con-tra-pro-du-cen-te.

Otro récipe consiste en pedir que los acaudalados se abstengan de transferir a tierras extrañas sus capitales. Pero si se paraliza la movilidad de los capitales, ¿cómo habrán de desarrollarse esos infelices pueblos que carecen de los mismos? Si no se debe practicar el ahorro, ni se deben mover en el ámbito internacional los capitales, ¿cómo se arrancará de

la miseria a esos pobres pueblos? También este remedio, como aquel de seccionarle las orejas al moribundo, resultará con-tra-pro-du-cen-te.

Item más, receta la Encíclica que «toca a los poderes públicos escoger y ver el modo de imponer los objetivos (económicos) que hay que proponerse, las metas que hay que fijar, los medios para llegar a ellas, etc..., etc...». Es decir, que es necesaria una planificación centralizada de la actividad económica según la cual sea el gobernante quien resuelva qué es lo que conviene a los demás, qué es lo que se deba producir y consumir, cuáles deberán ser los salarios y el nivel de vida de cada ciudadano. Es decir, la plena dictadura del jerarca. No será necesario creo, advertir, por qué esto resultará también con-tra-pro-du-cen-te.

Finalmente, también pide la Encíclica que se aumente la ayuda que los países desarrollados dan a los más pobres, pero sabemos, por ejemplo, que la nación norteamericana no puede aumentar en más el desequilibrio de su balanza de pagos sin producir la desvalorización del dólar, que necesariamente habrá de traer una depresión mundial de resultados incalculables. Esto quizás sería, de las fórmulas propuestas, la más con-tra-pro-du-cen-te.

Y así toda la Carta. Resulta increíble, pero es cierto, que en toda ella no se ofrece una sola fórmula económica, que al aplicarse no produzca los resultados totalmente contrarios a los vehementemente deseados en la misma. Que no resulte con-tra-pro-du-cen-te.

NOTA: Como desconsolador epílogo de estos apuntes, nos llega mediante el cable internacional la noticia de que nuevamente se ha cometido con las palabras del Santo Padre el ultraje inusitado de darle traducción impropia. Así parece que el original en latín carecía de la condenación acerba que la traducción inglesa y española hacen del capitalismo. Cosas verede, Sancho...

Paraíso Retornado

Montañas de azúcar «candy», promontorios de orozuz, manantiales de champaña y aluviones de caviar. Automóviles de oro sólido y yates a granel. Abundancia de toda especie derramada sobre nosotros en cuernos cada vez más grandes y generosos. De la necesidad a la satisfacción instantánea, como el café moderno, sin más que extender la mano. Sin ansias y sin atropellos, que para todos hay.

No, no se trata de la Jauja prometida al pobre Pinocho de nuestros cuentos de infancia, ni de la «famosa. Edad de Oro», en la que no existían las palabras «tuyo y mío» sobre la que desvaría el valeroso Caballero de la Mancha, no, se trata de la visión que cruza nuestros ojos al leer algunos pasajes de la Encíclica, que según se dice, fue escrita por los curas franceses para el Santo Padre y denominada «Populorum Progressio».

Que viene a la mente al leer por ejemplo: «Si la Tierra está hecha para procurar a cada uno de los medios de subsistencia y los instrumentos de su progreso, todo hombre tiene el derecho de encontrar en ella lo que necesita». ¡Pues claro que sí! No faltaba más, si la Tierra tiene de todo lo que todos necesitamos y además de los «instrumentos de su progreso», pues a todos nos toca nuestra parcela de tanto bienestar.

Así, no habrá de haber hambre en la India si la Providencia ha creado tractores suficientes para ella, y que por maligno designio de los hombres han ido a parar a Rusia, a Alemania y a Estados Unidos. También, por supuesto, palas mecánicas, camiones, automóviles y un palacio para cada uno, que de todo hay. El Paraíso fue perdido, pero ahora parece que por nuestras buenas obras, paciencias y sufrimientos, se nos ofrece retornado. El Reino aquí, hoy y enseguida. El Paraíso Retornado.

Pero, para desgracia o fortuna de nuestros inmortales destinos, ocurre que no es así, que, por el contrario, la Providencia fue parca en extremo al proveer a la Tierra de aquellos bienes capaces de satisfacer necesidades, en cambio y por contrapartida nos hizo de tal manera a los humanos que no resulta concebible siquiera el estado de Nirvana o de ausencia de necesidades, bien sea materiales o espirituales. En otros términos, las necesidades son ilimitadas en tanto que los recursos para satisfacerlas son exiguos.

Es por eso lo que es necesario en materia económica seguir el orden natural y humano que Dios concibió para nosotros, **o sea que las voluntades individuales libremente ejercidas al escoger el camino de la acción se conjuguen en el mercado para mejor satisfacer las necesidades más urgentes, es decir, el capitalismo liberal.**

Lamentablemente, los seres humanos somos de natural tan tozudos y presuntuosos que cada uno de nosotros **se cree neciamente capaz de organizar la vida de los demás, de tomar las decisiones por ellos y en vez de ellos y de resolver lo que siempre conviene a los demás. Así como un niño a quien se le den los mandos de un avión en vuelo, nuestra torpeza nos conduce inexorablemente a la destrucción.**

Porque si bien la escasez es denominador común de nuestras existencias, también es cierto que nosotros constantemente la ayudamos creando institucionalmente mayor pobreza. Así, la India milenaria, empobrecida deliberadamente con supersticiones y desigualdades sociales erigidas en religiones paganas y absurdas, ve empobrecer hoy en día más a sus masas por unos niños crecidos que desde el poder quieren jugar a hombres de empresa. ¿Cuántos infelices mueren de hambre y de mengua para que la vanidad de los gobernantes se vea halagada por lujosos aviones jets de la línea aérea del gobierno que surca todos los cielos a pérdidas cuantiosas? **¿Cuántos niños no llegarán a ver la luz porque a unos señores se les antoja subsidiar a ésta o aquella industria enriqueciendo de paso a ventrudos favoritos?**

Pero no es contra esa escasez institucional o innecesariamente creada que incide la Carta Encíclica, es contra aquellas instituciones que han sido las únicas que han proporcionado bienestar a las mayorías en los pocos países que han tenido la fortuna de disfrutarlas aunque sólo parcialmente. Es contra las instituciones capitalistas. De las que no han conocido la India, ni la China, ni el África, ni la América Latina. De las que no ha conocido ningún país «subdesarrollado».

Así terminan, con toda tristeza y desconsuelo, como empezaron mis apuntes sobre la Encíclica «Populorum Progressio». Nada bueno presagia para el próximo futuro de la humanidad. Está toda transida de maravillosas y humanitarias intenciones, y también de deshumanizantes y contraproducentes recomendaciones.